

ren nuestras pasiones antes que nosotros; nunca envejecen ni decaen. Evita, cuanto puedas, concurrencias ó conversaciones y familiaridades con personas de diferente sexo. No asistas á espectáculos profanos, ni á aquellas diversiones en que reina el espíritu del mundo. Es prudencia desconfiar de sí en todo; el pretexto de piedad, de caridad, de obra de misericordia fué no pocas veces fatal escollo en que dió al través la mas austera virtud.

2 Aquella temporada de retiro á la casa de campo para lograr del buen tiempo es muy ocasionada, y favorece mucho al tentador; por lo que es menester hacer provision de grandes precauciones. No está exenta de tentaciones la soledad, ni aun el desierto. Imita á aquellas grandes almas, que en todas horas renuevan su vigilancia con algun acto interior, ó tambien con alguna breve oracion vocal. Sobre todo, guárdate mucho de ciertos esparcimientos de corazon; porque nunca es mas de temer la tentacion que en las demasiadas alegrías.

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

LA NATIVIDAD DE LA SANTISIMA SIEMPRE VIRGEN MADRE DE DIOS. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN ADRIANO, mártir, CON OTROS VEINTE Y TRES, en Nicomedia; los cuales en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano despues de muchos tormentos, habiéndoles quebrado las piernas, alcanzaron la palma del martirio el dia 4 de marzo. Sus reliquias habiéndolas llevado los cristianos á Bizancio, fueron sepultadas con gran reverencia: el cuerpo de S. Adrian fué despues trasladado de allí á Roma tal dia como hoy, en el cual se celebra particularmente su festividad. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES AMMON, TEOFILO, NEOTERIO Y OTROS VEINTE Y DOS, en Alejandria.

LOS SANTOS TIMOTEO Y FAUSTO, mártires, en Antioquia.

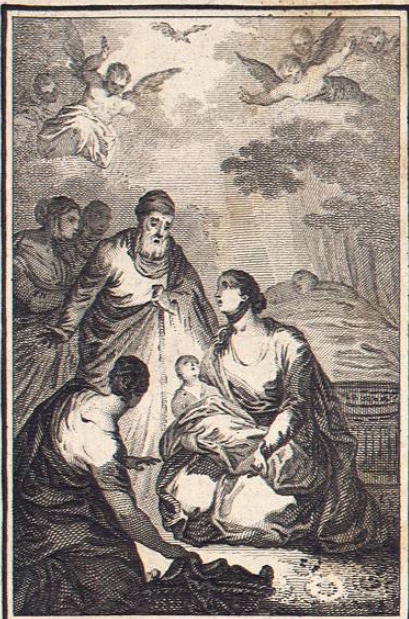
LOS SANTOS MÁRTIRES EUSEBIO, NESTABO Y ZENON, hermanos, en Gaza en Palestina; los cuales en tiempo de Juliano el Apóstata viniendo sobre ellos una enfurecida muchedumbre de gentiles, fueron despedazados y asesinados.

SAN NESTOR, mártir, allí mismo; el cual en tiempo del mismo Juliano, siendo cruelmente atormentado por los mismos gentiles enfurecidos, entregó su alma á Dios.

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, arzobispo, en Valencia en España, esclarecido por su ardiente caridad con los pobres; fué canonizado por el papa Alejandro VII. Su fiesta, por decreto del mismo pontífice, se celebra el dia 18 de este mes, (*en cuyo dia se lee su vida.*)

SAN CORBINIANO, en Frisinga, primer obispo de aquella ciudad; el cual siendo ordenado y enviado á predicar el Evangelio por el papa Gregorio II, hizo gran fruto en Francia y Alemania; y finalmente esclarecido en virtudes y milagros, descansó en paz.

LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.



LA NATIVIDAD,
DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

HOY es el día del nacimiento de la santísima Virgen, canta la Iglesia: *Nativitas est hodie sanctæ Mariæ virginis*. Celebraremos este dichoso día con toda la solemnidad posible: *Nativitatem hodiernam solemniter celebremus*: celebrémosle con la mayor alegría, *cum jucunditate*. Tu nacimiento, ó Virgen madre de Dios, llenó de alegría al universo mundo: *Nativitas tua, Dei genitrix Virgo, gaudium annuntiavit universo mundo*. Hízonos el cielo en este día un magnífico presente, un presente de inestimable valor, dice S. Bernardo: *Pretiosum hodie munus cælum nobis largitus est*. Este fué propiamente el día en el cual se comenzaron á disipar las espesas tinieblas en que por mas de cinco mil años yacia el mundo sepultado, rayando la primera luz en el nacimiento de aquella brillante aurora, esperada por tantos siglos, y objeto tan largo tiempo de las ansias y de los deseos de tantos patriarcas y profetas. Celebraremos todos el nacimiento de la Madre de Dios, dice S. Juan Damasceno, por la cual fué como reintegrado todo el género humano, siendo ella la que convirtió en alegría la tristeza que nos causó nuestra primera madre Eva. *Dei Genitricis natalem complectamur, per quam mortalium genus reintegratum est; per quam primogeniæ matris Evæ mæror in lætitiã mutatas est.* (Serm. de Natal. B. V.) Así como la aurora es el fin de la noche, dice el abad Ruperto, de la misma manera este nacimiento fué el fin de nuestros males, y el principio de nuestra dicha y de nuestro consuelo: *Sicut aurora finis præteritæ noctis est, sic natiuitas Virginis finis dolorum et consolationum fuit initium.* (Lib. 6. in Cant.) ¿Donde hay alegría mas pura, mas santa ni mas llena que la que causa este dichoso día á toda la Iglesia por el nacimiento de aquella que habian anunciado los oráculos de los Profetas, como dice S. Jerónimo: *Vaticinium prophetarum* (In Mich. 6.); nacimiento que fué como prenda de las promesas de Dios, en frase de S. Juan Damasceno: *Pignus promissionis*; y como seguridad del futuro nacimiento de todo un Dios: *Genitale votum nascituri Dei?*

Parece, añade el mismo Santo, que desde la creacion del mundo andaban en competencia los siglos sobre cual de ellos habia de tener la gloria de honrarse con el nacimiento de la santísima

Virgen: *Certabant sæcula quodnam ortu Virginis gloriaretur.* Llegó, en fin, aquel dichoso tiempo determinado desde la eternidad en los archivos de la divina Providencia, aquel tiempo tan esperado y tan suspirado despues de tantos siglos. El año cinco mil ciento y ochenta y tres de la creacion del mundo; el año de dos mil novecientos cuarenta y uno del diluvio universal; el año de mil novecientos y noventa y nueve del nacimiento de Abraham; el año de mil cuatrocientos y noventa y cuatro de la salida de Moisés y del pueblo de Israel del cautiverio de Egipto; y el año mil y diez y seis despues que David fué ungido y consagrado por rey: hacia la semana sesenta y cinco, segun la profecia de Daniel, y en la olimpiada ciento y noventa; el año setecientos treinta y tres de la fundacion de Roma, y veinte y seis del imperio de Octaviano Augusto; en la sexta edad del mundo, aquella bienaventurada Niña, predestinada por los decretos eternos para ser madre del Verbo encarnado, habiendo sido concebida sin pecado por singular privilegio, á los nueve meses de su immaculada concepcion nació en Nazareth, ciudad de Galilea, á treinta leguas de Jerusalem, el dia 8 de setiembre.

Hasta entonces no habia visto el mundo nacimiento mas recomendable, así por la nobleza de la sangre y circunstancias de sus padres, como por la santidad y por el mérito de aquella tierna Niña que nacia para consuelo de todo el universo, y para admiracion de toda la corte celestial. Su padre S. Joaquin era de sangre real, hijo de Barpanther, y descendiente de David por Nathan. Esta rama de la familia real era originaria de Judea; pero habiendo decaido de su antiguo esplendor en mucha pobreza de bienes de fortuna por singular disposicion de la divina Providencia, que queria fuesen los parientes mas cercanos del Salvador de la misma condicion que él, se habia como desnaturalizado de su propio país, y arraigando su casa en Nazareth, estaba reputada por familia de Galilea. Su madre Sta. Ana era hija de Mathan, sacerdote de Belen, de la tribu de Leví, y de la familia de Aaron, de manera que en la persona de su hija Maria se hallaban dichosamente unidas la sangre real y la familia sacerdotal, de la cual era Aaron entre los judíos. No hubo dos esposos, dice S. Juan Damasceno, mas nacidos el uno para el otro; el mismo humor, las mismas inclinaciones y el mismo parecer en todo, acreditando así que era obra de Dios aquel dichoso matrimonio. Siendo Dios el único objeto de sus deseos, y dirigiéndose todos sus afectuosos suspiros á la venida del prometido Mesias, vivian casi siempre en dulce y sosegado retiro, ocupando en oracion todo el tiempo que tenian libre. Eran, dice Sta. Brigida, dos astros

resplandecientes, que aunque encubiertos con las nubes de una vida oscura y abatida, deslumbraba su claridad á los mismos ángeles, y á todo el cielo enamoraba su piedad y su pureza.

Habia años que S. Joaquin y Sta. Ana vivian con aquella paz, con aquella union, y entregados á aquellos devotos ejercicios que tanto edificaban á todos, cuando quiso el Señor que saliese aquel misterioso retoño de la vara de Jesé, de que habla el profeta Isaiás; que amaneciese aquella aurora tan deseada, que habia de preceder por breve tiempo al divino sol, el suspirado Mesias. Es opinion comun que ya S. Joaquin y Sta. Ana iban declinando á la vejez sin haber tenido sucesion, y sin esperanzas de tenerla; de suerte, que aquella esterilidad, considerada entonces como maldicion de Dios, y reputada por la mas ignominiosa desgracia que podia suceder á una familia, quitándola toda esperanza de tener alguna afinidad con el Mesias prometido, humillaba mucho tiempo habia á los dos santos casados; y como por una parte su avanzada edad, y por otra su modo de vivir en perfecta continencia, segun afirma Sta. Brigida, los tenia destituidos de toda esperanza de sucesion, se contentaban con derramar su corazón en la presencia de Dios, pidiéndole solamente aquello que fuese de su mayor gloria. Créese generalmente que reveló el Señor á los dos santos esposos que tendrian una hija, la cual habia de ser bendita entre todas las mujeres, y Dios se habia de valer de ella para la salvacion del pueblo de Israel; pero sea lo que fuere, lo cierto es que tuvieron á la santísima Virgen, la cual nació milagrosamente, dice S. Juan Damasceno, de una madre estéril; y librando á sus padres de la ignominia de la esterilidad, los hizo las dos personas mas dichosas y mas respetables del mundo. (*Serm. 1. de Nativ.*) *Quid autem est, pregunta este Santo, cur Virgo Mater ex sterili orta sit?* Pero ¿por qué razon fué conveniente que naciese de madre estéril esta Virgen madre? Porque lo era, responde el mismo, que una cosa tan nueva y nunca vista debajo del sol naciese tambien por un camino extraordinario, y que naciese milagrosamente la que ella misma era el mayor milagro. *Quoniam scilicet oportebat, ut ad id quod solum novum sub sole erat, ac miraculorum omnium caput, via per miracula sterneretur.* Era muy puesto en razon que la naturaleza cediese á la gracia, y á la gloria que la dejase todo su fruto. *Natura gratia cedit ac tremula stat, progredi non sustinens. Quoniam itaque futurum erat ut Dei Genitrix ac Virgo ex Anna oriretur, natura gratia fetum anteire minime ausa est: verum tantisper expectavit, dum gratia fructum suum produxisset.* Habiendo de nacer de Sta. Ana la Virgen madre de Dios, no se atrevió la na-

turala á concurrir, digámoslo así, por respeto á lo que habia de ser obra de la gracia; detúvose en cierta manera como para dar lugar á que la gracia produjese el fruto que la pertenecia.

Fácilmente se deja comprender el gozo de aquel afortunado padre y de aquella dichosa madre en el momento que nació aquella bienaventurada hija. Alumbrados con cierta luz sobrenatural, desde luego conocieron que Dios la habia criado únicamente para sí, y que ellos no eran mas que depositarios de aquel tesoro. El milagroso nacimiento de aquella niña fué para ellos presagio cierto de su mérito y de su escelencia. ¡O dichosos padres, esclama S. Juan Damasceno, que disteis á luz una virgen que será madre de Dios sin dejar de ser hija vuestra: *Virginem enim Dei matrem mundo peperistis!*; Dichoso el vientre, ó Virgen santa, que te llevó, y dichosos los pechos que mamaste! Dense priesa todos los fieles, esclama el devoto Sergio de Hierápolis (*Lib. 1. de Deipara.*), por venir á saludar á la que acaba de nacer, porque antes de su nacimiento estaba predestinada para ser madre de Dios, y con ella renace y se renueva el mismo mundo. Venid, pueblos; venid, naciones, de cualquiera clima que seais; venid todos, de cualquiera edad y de cualquiera condicion que fuereis, venid á celebrar el nacimiento de esta Virgen, con la cual, por decirlo así, nació nuestra salvacion (*Orat. 1. de Nativ*): *Hodie mundi salus inchoavit: jubilate Deo omnis terra; cantate, et exultate et psallite.* Así esclama S. Juan Damasceno. ¿Cuándo hubo motivo mas justo de regocijo? ¿en qué otro dia hemos de explicar mas nuestro alborozo, puesto que en el nacimiento de la santísima Virgen, como dice S. Ildelfonso, comenzó en cierta manera el nacimiento de Jesucristo? (*Serm. 3. de Nativ.*) *In nativitate Virginis, felix Christi est inchoata Nativitas.* Hasta aqui solo habia mirado Dios la tierra como region de llantos, destinada para habitacion de miserables delincuentes; pero desde el mismo instante en que María se dejó ver en el mundo, ya hay en él un objeto en que se complace mucho el mismo Dios, y ya no le puede mirar con ojos siempre irritados.

Algunos dias despues que Sta. Ana se levantó del parto, fué llevada al templo la santa Niña, donde precediendo las oraciones acostumbradas, se la impuso el nombre de María, asegurando S. Ambrosio, S. Bernardo, y otros muchos santos padres, que este nombre se la dió por el mismo cielo, revelándosele el Señor á Sta. Ana y á S. Joaquin como el mas propio para explicar la grandeza, la dignidad y la escelencia de aquella bendita niña: *Dignitas Virginis annuntiatur ex nomine*, dice el Crisólogo.

Atorméntanse los ingenios, agótanse todos los artificios, todos los esfuerzos de la elocuencia para componer un genetliaco, ó un panegirico magnífico y pomposo para celebrar el nacimiento de algun príncipe. Con efecto, ¿qué se puede decir de un niño que acaba de nacer? ¿ensalzar su nobleza? Esto no es elogiarle á él, sino á sus abuelos y ascendientes. No hay asunto mas estéril ni mas pobre que su persona en aquellos primeros dias. Por lo que toca á lo de adelante, todo lo que se puede asegurar con la mayor certeza es, que se verá sujeto á mil trabajos y miserias; pero se ignora si será bueno ó malo, discreto ó tonto; en una palabra, hasta ahora nada ha hecho, y se ignora lo que hará. No así en María: aunque acaba de nacer, es cierto que ya ha hecho mucho, y no podemos ignorar que ha de hacer aun mucho mas. Entra María en el mundo colmada de merecimientos, y sabemos que ha de colmar el mundo de felicidades y dichas.

No hay duda que el alma de la Virgen fué la mas hermosa alma que Dios crió antes que fuese criada el alma de Jesucristo; pudiéndose decir que esta fué la mas escelente obra que salió de las manos del Criador: *Opus quod solus opifex supergreditur*, dice S. Pedro Damiano. A la hermosura de aquella bella alma correspondia la del cuerpo. Sábese que desde el mismo instante en que aquella purísima alma fué unida á aquel hermosísimo cuerpo, fué tambien santificada, y el cuerpo concurrió con sus órganos á todas las funciones de la vida racional. Siendo María concebida sin pecado en el primer instante, recibió con la gracia el perfecto uso de la razon, y desde entonces fué ilustrado su entendimiento con todas las luces de la sabiduría, y enriquecido con la cabal comprension de todas las verdades morales naturales. ¿Pero cuál fué la medida de aquella gracia que recibió, y cuál el primer empleo de aquella razon tan divinamente ilustrada? Fué tan abundante aquella gracia, dice S. Vicente Ferrer, que escedió á la de todos los santos, y á la de todos los espiritus celestiales. *Virgo sanctificata fuit in utero super omnes sanctos, et omnes angelos.* En aquel primer instante en que todos los santos son objeto de horror á los ojos de Dios, María lo fué de admiracion á las celestiales inteligencias, y de complacencia á los cariños del mismo Dios.

Esta fué la santísima Virgen desde el primer instante de su inmaculada concepcion; y habiéndose multiplicado en todos los instantes aquel inmenso caudal de gracias, de luces, de sabiduría y de virtudes, concibamos, si fuere posible, cual seria el tesoro de merecimientos con que se hallaria enriquecida el dia de su nacimiento. ¿Pues qué asunto mas digno de nuestras admi-

raciones, de nuestros respetos, de nuestros elogios, y añadamos tambien, del culto de toda la Iglesia, que el nacimiento de esta santa Niña? Ya no nos debe causar admiracion que el ángel quince años despues la encuentre, y la salute como llena de gracia; ni que los santos padres, hablando de la gracia con que se halló en el último momento de su vida, es decir, sesenta y dos años y nueve meses despues de su concepcion y nacimiento, se valgan de espresiones tan fuertes y tan significativas. Tuvo mucha razon S. Epifanio para decir que fué inmensa aquella gracia; S. Agustín que fué inefable, y Dionisio Cartusiano que fué como infinita: *Mariæ sanctitas est infinita*. S. Juan Crisóstomo llama á María el tesoro de toda la gracia. S. Jerónimo dice que toda se derramó en ella; y S. Bernardino de Sena se adelanta á asegurar que recibió toda la que es capaz de recibir una pura criatura: *Tanta gratia Virgini data est, quanta uni, et puræ creaturæ dari possibile est*.

Y á la verdad, si los pueblos acostumbran hacer tantos regocijos cuando nacen hijos á sus soberanos y á sus príncipes, porque tambien á ellos los nacen reyes y monarcas que los gobiernen y los manden, ¿qué mucho es que el nacimiento de María llenase de regocijo al cielo y á la tierra, como canta la Iglesia, pues en ella nació la Reina de los ángeles y de los hombres; nuestra única esperanza despues de Jesucristo, dice S. Epifanio; nuestra fiadora con Dios, dice S. Agustín; nuestra medianera con el Mediador, dice S. Bernardo; el remedio de todos los males, dice S. Buena-ventura; nuestra paz, nuestra alegría, nuestra buena madre, dice S. Efren; y en fin, nuestro consuelo, nuestra alegría, y nuestra vida, como canta toda la Iglesia?

Descendió María de reyes y de patriarcas; pero lo que la engrandece mas á los ojos de Dios no es el esplendor de su dignidad, no su grandeza, no su poder, no el ruido de sus gloriosas hazañas; su santidad fué la que la hizo tan recomendable en su concepcion, y esta sola es la que constituye toda su dicha y toda su gloria en su alegre nacimiento. Nace no ya rodeada de esplendor como los grandes del mundo; no ya entre el fausto, la pompa, la majestad como los reyes de la tierra: sin ese aparato, sin ese esplendor mundano es su nacimiento, aunque al parecer tan oscuro, con grandes ventajas preferible al nacimiento de todos los grandes y de todos los monarcas del mundo. Todos ellos fueron concebidos en pecado; todos nacieron en desgracia de Dios, hijos de ira y objetos de odio: sola María nace ya objeto de las divinas complacencias, hija muy amada del Altísimo, colmada de sus mas abundantes bendiciones, y enriquecida con to-

dos los dones de su espíritu. Esta es la verdadera grandeza, y así honra el Rey de la gloria á la que quiere honrar.

Creced, santa Niña, creced así para mayor gloria del mismo Dios que os crió, como para mayor dicha de aquellos en cuyo favor y beneficio habeis nacido. Algun dia dareis vos su nacimiento al mismo Dios, de quien ahora le recibís. Creced, pues, para disponerle su digno tabernáculo. Cuando se encierre en vuestro purísimo vientre os conferirá el mas augusto carácter, elevándoos á su divina maternidad. Vivid y creced para dignidad tan eminente, y para el mayor y mas glorioso destino. Por medio de vos quiere venir á nosotros para libertarnos de la esclavitud. Vivid y creced para nuestra salvacion, y para que naciendo de vos nuestro Salvador, quedeis constituida madre de todos los fieles.

Nos admiraríamos justamente de que una fiesta tan santa y que tanto nos interesa no se celebrase en la Iglesia desde sus primitivos siglos, si no se supiese la razon que tuvieron aquellos primeros fieles, sin duda mas devotos de María y mas zelosos de su culto que nosotros, para no dar motivo de creer á los gentiles y á las naciones groseras, criadas por la mayor parte en la idolatria, que los cristianos adoraban como diosa á la madre de su Dios. Este era el motivo que en aquellos nebulosos tiempos tenian los verdaderos fieles para no manifestar su zelo por el culto de la santísima Virgen en fiestas ruidosas y solemnes; contentándose con rendirla sus respetos reverentes con una tierna devocion y con un culto reservado. Pero luego que gozó de paz la Iglesia del Señor, y que los pastores pudieron instruir públicamente á su rebaño, floreció en todo el mundo cristiano el culto público y solemne de la santísima Virgen; celebráronse con pompa y solemnidad sus principales misterios; solemnizáronse sus fiestas con magnificencia; convinieron griegos y latinos en este punto de religion, no obstante el desgraciado cisma; y el nacimiento de la santísima Virgen fué una de las principales fiestas entre los cristianos. *Ortum Virginis didici in Ecclesia*, dice San Bernardo, *et ab Ecclesia indubitanter haberi festivum atque sanctum: firmissime cum Ecclesia sentiens, eam accepisse in utero ut sancta prodiret*. La Iglesia es la que me ha enseñado á celebrar la Natividad de la santísima Virgen con toda la devocion y con toda la solemnidad posible. Creo firmemente con toda la Iglesia que habiendo sido santificada en el vientre de su madre, es objeto digno de nuestro culto desde el primer instante que nació.